

DON FÉLIX FRIAS

UN CENTENARIO GLORIOSO

El 12 de marzo de 1916 marca la fecha gloriosa del Centenario del natalicio del venerable patricio don Félix Frias, cuyo nombre simboliza una de las figuras de mayor relieve en el campo social, político y religioso de nuestra patria. Su nombre se pronuncia con veneración y su recuerdo viene a la memoria envuelto en una aureola de grandeza y de respeto, sin que ninguna sombra empañe el resplandor del que fué gran patricio, gran ciudadano y gran católico, que rindió incondicionalmente todas las energías de su carácter, todas las luces de su ilustración y todas las dotes excepcionales de su personalidad indiscutible e indiscutida al servicio de su patria y de su fe.

Sería faltar a uno de los más imperiosos deberes si al llegar la gloriosa fecha centenaria no se dedicase unas líneas a consagrar la memoria de ese adalid de la Patria y de la Religión: y en la imposibilidad de rendirle un homenaje digno de su memoria, nada más oportuno que concretar algunos datos biográficos, consignados por el no menos ilustre Pedro Goyena, émulo de su patriotismo y de su fe, y presentar algunos pensamientos, entresacados de las obras del ilustre patricio, como muestra de su ilustración, de su carácter, de su patriotismo y de su fe acendrada y sin reservas. Nadie mejor que él mismo, con sus propios conceptos y con sus propias palabras, puede darnos a conocer esa figura veneranda, que pasará a la historia como una de las glorias más puras, ante cuyo recuerdo no cabe sino descubrirse con veneración e inclinarse con respeto.

Ojalá que el recuerdo de esa figura veneranda suscite en la juventud el deseo de emular sus glorias y seguir de cerca sus pisadas, por la única senda que conduce a la inmortalidad.

DATOS BIOGRAFICOS (1)

Entre los hombres públicos del Río de la Plata, se distinguía por rasgos muy acentuados y especialmente suyos, este ilustre ciudadano. Su fisonomía se destacaba en la galería de nuestras celebridades, por la expresión del carácter moral, que era el sello de su personalidad. Sus coetáneos refieren que esa noble expresión de austeridad, se marcaba en su aspecto desde los primeros años de la vida; y nosotros, que le hemos conocido cuando ya declinaba por la curva que penetra en la tumba, conservamos siempre la impresión de respeto que dejaban su trato y su palabra, hasta en los incidentes más vulgares de la conversación. Era naturalmente serio Don Félix Frías, serio a veces hasta ser adusto; pero no exhalaba, como algunos personajes teatrales, esos vapores de la vanidad que los hacen tan desagradables. No era en él la seriedad una manifestación de la suficiencia, sino el reflejo de las preocupaciones de su espíritu, consagrado desde temprano al estudio de las más arduas cuestiones sociales y devorado constantemente por el celo de la Religión y del patriotismo. Mucho amor a la humanidad y una tendencia permanente a la conciliación, ocultábensen bajo las formas apasionadas de su palabra y de su gesto imperativo. Sus escritos, sus discursos, su vida entera, han revelado la firmeza inquebrantable de la convicción, la fidelidad invariable a las creencias que fueron su guía y su consuelo, y los sentimientos de abnegación y caridad que sólo el Cristianismo puede inspirar.

Nació Don Félix Frías en la ciudad de Buenos Aires, el 12 de Marzo de 1816. Fueron sus padres el doctor don Félix Ignacio Frías y la señora doña Luisa Molina, pertenecientes ambos a familias distinguidas de nuestro país. Hizo sus primeros estudios en el Colegio dirigido por Minvielle y en el Ateneo de Angelis, donde alboreaba ya su inteligencia con brillo excepcional. Aprendió el Latín en la Universidad, bajo la dirección del Presbítero Don Mariano Guerra, de cuyos labios recordaba haber oído más de un

(1) Entresacados de la biografía escrita por el doctor Pedro Goyena.

consejo provechoso para los jóvenes estudiantes. Cursó la Filosofía en el aula regentada por el doctor Don Diego Alcorta... Don Félix no buscó en la Filosofía el criterio supremo para orientarse en las cuestiones que se ligan con el desarrollo de la sociedad y con el destino final del hombre. Fué en todo tiempo un cristiano, un católico; y para él como para Royer-Collard, aquella pomposamente llamada ciencia de las ciencias estuvo siempre subordinada a las verdades sublimes, reveladas por Dios a la criatura, en la efusión de su amor y su misericordia.

.....

Sus amigos nos lo han pintado más de una vez como era desde aquella época, irreprochable en las costumbres, regularmente silencioso, contraído a la lectura y adicto firmemente a las doctrinas de que iba a ser el más fervoroso y notable campeón en la República Argentina.

Sus primeros escritos vieron la luz pública en "El Iniciador", periódico político y literario donde escribían, entre otros jóvenes destinados a ilustrarse en los fastos de nuestra historia, Cané, Juan María Gutiérrez, Mitre y Tejedor...

.....

Don Félix interrumpió muy luego sus trabajos literarios, para ceñirse la espada y acompañar al General Lavalle en la campaña contra la dictadura de Rosas que, investido de la suma del poder público, se entregaba a los desórdenes y excesos más abominables. Dominado por el noble deseo del bien público y ajeno a toda pasión de partido, anunciaba a los pueblos el movimiento que salvaba, por la protesta armada, el decoro de la República, escribiendo en la proclama de su jefe militar, estas memorables palabras: "Los atentados inauditos del bárbaro no me han permitido esperar más tiempo, y he tenido que ceder a una impulsión invencible de mi conciencia, que me ha arrastrado en medio de vosotros. No traigo recuerdos: he arrojado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan a la nación entera. Federal o unitario, seré lo que me mande el pueblo. Sólo traigo una causa: la libertad. Sólo traigo una ambición: romper el último eslabón de la esclavitud de mi patria, y poner después mi espada a los pies del pueblo argentino. No reconozco más que un solo enemigo: el enemigo del pueblo: el tirano Rosas".

Don Félix hizo toda la penosa campaña emprendida por el General Lavalle, y recorrió entre victorias y derrotas, el largo itinerario del ejército, yendo desde Martín García a la provincia de Entre Ríos, de allí a Corrientes, luego a Santa Fe y Buenos Aires, y de aquí por Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta, a la ciudad de Jujuy, donde el infortunado capitán cayó mortalmente herido por la bala incierta, lanzada por un grupo de paisanos enemigos.

.....

La primera y la última palabra de don Félix Frías se corresponden y armonizan; un solo espíritu anima su obra, un solo soplo fecundo y generoso la alienta; la unidad de la doctrina y de los sentimientos es una belleza para sus producciones y un honor para su vida.

Bajo el título sarcástico, "La gloria del tirano Rosas", publicó en Chile un extenso folleto contra el déspota, imperante a la sazón con toda la prepotencia de su orgullo. La victoria se impone a las almas débiles y ofusca a veces a los que no tienen un juicio perspicaz o carecen de la información necesaria para pronunciarse con acierto. Don Félix Frías se dirigía a propios y extraños...

Pero no se limitaba a esto el señor Frías: mostraba las causas de la tiranía, indicaba los medios de hacerla imposible en el futuro. Para él Rosas era el producto de nuestras miserias, de nuestros odios, de nuestras vanidades, que nos habían arrojado en desórdenes espantosos, poco tiempo después de ufanarnos con las glorias marciales de la Revolución y augurarnos ingenuamente un porvenir henchido de halagüeñas promesas. No bastaría en adelante para conjurar el despotismo, cultivar las artes, desenvolver la industria y el comercio, adoptar las formas externas de la sociabilidad europea. Sería indispensable fomentar los elementos morales, propagar la verdad cristiana, enseñar a los hombres a vencer las pasiones impetuosas que los exaltan hasta el frenesí para lanzarlos más tarde, sin aliento, a los pies de un tirano, lo mismo en los pueblos bárbaros que en los pueblos refinados, pero sin creencias religiosas y sin costumbres puras.

En otro de sus notables escritos ("El Cristianismo católico") sostuvo, con vigor y con brillo la necesidad de acudir a las enseñanzas y a las leyes de Jesucristo y de su Iglesia, para librar a las

sociedades hispano-americanas de los males que las han afectado y afectan profundamente.

El señor Frías no creía en ciertas panaceas preconizadas a grandes voces y cuya eficacia oímos recomendar todavía, a pesar del perpetuo desmentido de la experiencia.

No entendía que la escuela primaria desvinculada de la Religión; que las constituciones calcadas esmeradamente sobre modelos de otros países; que la afluencia de inmigrantes, cualesquiera que fueran sus hábitos y su procedencia, debieran transformar, ventajosamente y como por encanto, nuestras condiciones políticas y sociales...

Don Félix Frías debió a la fidelidad que profesaba al principio religioso, el no haberse hallado jamás en el caso de contradecirse y refutarse a sí mismo, como los escritores expuestos por su propio orgullo a veleidades antojadizas o peligrosas.

La nobleza de su carácter y la distinción de su talento le hicieron respetable, siendo joven todavía, en Chile y en Bolivia. Su reputación literaria estaba formada desde los primeros escritos que publicó allí; y se le confió el puesto de corresponsal de "El Mercurio" de Valparaíso, en París, donde residió mucho tiempo. Fué a Europa cuando estaba preparado a observar, con aprovechamiento, la vida de pueblos que presentan los fenómenos más complicados de la Sociología y los medios más adecuados y fáciles para adquirir una seria y variada ilustración.

Encontró el viejo mundo convulsionado por las más terribles cuestiones sociales; estudió profundamente esa Francia cuya historia y cuyos publicistas han tenido tanta influencia entre nosotros; y se confirmó, por el espectáculo viviente de las cosas, en las creencias y doctrinas que le guiaban en América. Vió un pueblo perturbado por las pasiones que habían encendido innovadores audaces y temerarios; asistió a los episodios de una lucha que se ha manifestado después por dolorosos estallidos, catástrofes espantosas; pudo conocer los peligros del Socialismo, la conmoción del orden social, como resultado inevitable; y presencié el golpe de estado, en que Napoleón III se impuso a la Francia anarquizada por insensatos reformadores.

Si conoció el mal y sus representantes en aquella nación, pudo también conocer y de cerca, las virtudes y los caracteres que la honraban y que únicamente pueden salvarla. A los americanos acotumbrados a creer solamente en la existencia de un París frí-

voló, escéptico, disipado, les mostró el París laborioso y creyente. Señaló a los que sólo contemplaban la demagogía francesa, la Francia amiga del trabajo y del orden. Si le inspiraron vivas repulsiones los sistemas disolventes de Fourier y Saint-Simon, las doctrinas perversoras de Luis Blanc y Ledru-Rollin, pudo encontrar una satisfacción consoladora en el trato y la palabra de Guizot, cuya persona y cuyas ideas políticas fueron para él objeto de una simpatía respetuosa y profunda. En Montalembert halló su maestro, su modelo, el tipo intelectual de su predilección. La elocuencia vibrante, sonora y marcial del orador católico, resonó siempre en su alma apasionada; y más de una vez le fué dado igualarla en la tribuna argentina. Escuchó, por fin, aquella maravilla de la oratoria sagrada, que el mundo conoce con el nombre para siempre inolvidable del padre Lacordaire: y conmovido hasta el asombro, exclamó un día: "sólo pueden ser insensibles a esa palabra, los que contemplan con los ojos enjutos las formas colosales de San Pedro o los que ven levantarse los Andes sin sentir en su alma la admiración de la fe"...

.....

Volvió el señor Frías a Buenos Aires tres años después de la batalla de Caseros, y fundó, asociado al señor Don Luis Domínguez, un diario titulado "El Orden", nombre que por sí solo era un programa, especialmente en aquella época.

.....

El redactor de "El Orden" ocupó un asiento en la Legislatura de Buenos Aires y combatió allí, como había combatido en la prensa, la política del exclusivismo y del aislamiento, señaladamente con motivo de los proyectos que dieron lugar, en los años 57 y 58, a largas y notables discusiones. En uno se proponía a las Cámaras Provinciales, que declararan a Rosas reo de lesa-patria, y dispusieran que sus bienes pasaran a ser del Estado; en el otro se aconsejaba anular las enagenaciones de la tierra pública, hechas por el dictador. El señor Frías se opuso a esos proyectos...

.....

No incurrió jamás en el error de sostener la separación de la Iglesia y del Estado. Su fidelidad a la enseñanza de aquella le preservó, como lo hemos indicado ya, de asentir a perniciosas novedades. Se libró así de coadyuvar a los planes del liberalismo, que logró seducir en favor de esa tesis, más de un católico distingui-

do, invocando falazmente sentimientos de amor por la libertad de la Iglesia. Se opuso siempre a una separación que sólo se explica por la indiferencia o la hostilidad, y combatió igualmente la pérfida unión preconizada por los sostenedores del Patronato ejercido sin respeto y sin fe.

Aprobadas por una Convención nacional las reformas a la Constitución del 53, fué jurada en Buenos Aires el año 60. El mero hecho de declararse vigente para toda la Nación ese código político, inspiró halagüeñas esperanzas a los que eternamente confían en la eficacia de los textos legales. Pero las antiguas pasiones conflagraron de nuevo el país. El señor Frías escribió a los generales Urquiza y Mitre, exponiendo las consideraciones que, según él, debían decidirlos a una solución pacífica. Su empeño no alcanzó un éxito feliz. Tuvo lugar la batalla de Pavón el 17 de Setiembre de 1861. Derrocados los Poderes establecidos en el Paraná, las legislaturas provinciales autorizaron al jefe del ejército victorioso, y Gobernador de Buenos Aires para convocar un Congreso, que se reunió en la ciudad de este nombre.

Una vez instaladas las Cámaras Legislativas de la Nación, el general Mitre, encargado del Poder Ejecutivo, sometió a la consideración de aquellas, un proyecto para federalizar toda la provincia de Buenos Aires por el término de tres años.

Ese proyecto fué sancionado en el Congreso; pero dada su naturaleza no podía entrar en vigencia, sin el asentimiento de la Legislatura local. Don Félix Frías formaba parte de ella como Senador. Se opuso tenazmente a la federalización, que había suscitado ya, en la prensa y en los clubs, debates apasionados. Entendía que ella era innecesaria para la vida de las autoridades nacionales. Juzgaba que se cometía una gran iniquidad, suprimiendo la existencia política de la provincia más rica, más populosa y más ilustrada, privándola así de todos los derechos que se reconocían a otras agrupaciones de argentinos, destituidas aún de elementos bastantes para pretender el rango de entidades autonómicas. Observaba que el gobierno de la República debía apoyarse no sólo en la fuerza, sino especialmente en la opinión popular; que para propiciársela, era menester comenzar respetando las antiguas instituciones, amadas con corazón por ciudadanos acostumbrados a administrar sus intereses inmediatos. Negó, finalmente, que estuviera en las atribuciones de la Legislatura de Buenos Aires, votar una resolución que importaba la muerte irremediable, porque la

resurrección prometida al cabo de tres años, era de todo punto ilusoria. Este discurso del señor Frías se distingue por la vehemencia del estilo; pero el noble corazón del orador no olvidaba en el ardoroso arrebató de la palabra, los sentimientos de fraternidad nacional, y espontáneamente brotaba de él aquella frase digna de ser siempre recordada en el debate parlamentario: "Si hoy es día de luchar como caballeros, mañana será día de vivir como hermanos".

Recibió una ovación calurosa. Gran parte de la barra que acababa de escucharlo y aplaudirlo, le acompañó por las calles, con ruidosas manifestaciones de simpatía. El censor adusto había sido esta vez un tribuno del pueblo. Pero la popularidad no era para él un atractivo, ni mucho menos un peligro. Se guiaba por sus convicciones. No mendigaba los favores de la muchedumbre. Aspiraba a la consideración, y la obtuvo siempre de todos los que eran capaces de comprenderla y de sentirla...

.....

Producida una vacante en el Senado Nacional, fué elegido para llenarla el señor Frías. El Poder Ejecutivo, recientemente organizado, abrigaba una confianza exagerada en la pronta y duradera pacificación de la República, estremecida aun por el sacudimiento que la había conmovido con tanta violencia. Preocupado de impulsar el progreso material del país enviaba al Congreso, a mediados del año 63, un proyecto copiado de la legislación norteamericana, autorizando a toda compañía o individuo para establecer Bancos de circulación de billetes, pagaderos a la vista y al portador, en monedas metálicas de curso legal. Se fijaban para ello ciertas condiciones, exigiéndose a los banqueros que dejaran, en garantía del pago de los billetes, una suma igual en fondos públicos nacionales.

El señor Frías inició una campaña parlamentaria contra aquel proyecto, cuya gravedad era notoria y en cuyo éxito se empeñaba decididamente el Poder Ejecutivo, según lo probaba el hecho de asistir al debate los tres oradores del Ministerio (los doctores Vélez Sarsfield, Rawson y Elizalde)...

.....

Las imprudentísimas reformas iniciadas por el gobernador de Santa Fe en la legislación de esa provincia, el año 67, dieron motivo al señor Frías para escribir algunos de sus más importantes



Don Félix Frías

estudios. La empresa acometida, con inaudita premura y violencia por aquel gobernador, comprendía variados objetos y podía conmover los fundamentos en que reposa el orden social. A más de ciertos avances cometidos en el terreno de la jurisdicción eclesiástica, el flamante reformador se proponía despojar a los frailes franciscanos del Convento de San Lorenzo, establecer como institución legal el matrimonio civil y declarar que los cementerios son simples enterratorios, sujetos exclusivamente a las ordenanzas municipales...

Merced a los eruditos y acertados trabajos del señor Frías, quedó, pues, desautorizada bajo todas sus fases la reforma intentada en Santa Fe. Se produjo una convicción general acerca de la injusticia de las leyes y medidas en que se había manifestado; y poco tiempo después, el gobernador revolucionario hallóse abandonado por la opinión, y las cosas volvieron a su estado normal.

El distinguido defensor de los intereses católicos, que tan importantes servicios había rendido a la causa de su invariable dedicación, fué encargado en 1869 de representar a la República Argentina cerca del Gobierno de Chile. Su misión tenía por objeto estrechar las buenas relaciones entre ambos países, que habían celebrado ya, en 1856, un tratado de amistad y comercio por el cual se aplazaba la cuestión de límites, surgida el año 43, para discutirla pacíficamente, debiendo ella ser derimida por un arbitraje en el caso de que las partes contratantes no llegaran por sí mismas a resolverla...

.....

El 12 de octubre de 1874 fué elevado a la Presidencia el doctor Don Nicolás Avellaneda y nombró para desempeñar el Ministerio de Relaciones Exteriores al señor Frías. Trasladóse éste a Buenos Aires, pero renunció el puesto que se le ofrecía en el gabinete. No se lisonjeaba tal vez con la esperanza de hallar la adhesión de algunos de sus colegas, en asuntos de la mayor importancia; y prefirió ocupar una banca en la Cámara de Diputados nacional.

Venía de Chile, entristecido e indignado al mismo tiempo. Había creído, sin duda, que la designación de su persona para ocupar la Legación enviada a ese país, objeto de su simpatía, fuera recibida allí con un gaje de amistad, y que se correspondería a esa manifestación, con sentimientos análogos y proceder inspirados en la equidad y en la buena fe. Los hechos le habían forzado a

convencerse de que se encontraba a este respecto, en un profundo error. Llegaba a la patria y no le presentaba ella tampoco una perspectiva halagüeña. El doctor Avellaneda había subido al mando en medio del fragor de las armas y las protestas de sus adversarios. Un partido numeroso estaba fuera de la escena política, y se temía a cada paso que intentara un golpe de mano para cambiar la situación. El señor Frías, partidario fervoroso de la fraternidad, lamentaba en esas circunstancias la discordia, no sólo por los males internos que inevitablemente origina, sino porque sería un obstáculo a la mayor eficacia en la defensa de nuestros derechos territoriales. Urgido por un celo tanto más afanoso cuanto más viva era su persuasión de la terquedad y ardides chilenos, trabajaba sin descanso para interesar a todos en la cuestión de límites, que, según las pretensiones de nuestros vecinos, comprometía una vastísima y rica porción del territorio nacional. Con este objeto envió a la prensa sus escritos, noblemente apasionados, inspiró otros muchos, instó al gobierno, promovió asociaciones y reuniones populares. No se daba un momento de reposo; vivía para la patria y se movía en su empresa con tal actividad, que la juventud misma podía envidiarla...

.....

El señor Frías fué electo vice gobernador de la provincia de Buenos Aires (para el período que había de comenzar el 1.º de Mayo de 1878). Renunció a este cargo, y dijo que a su juicio, podría servir más útilmente los intereses de la patria, en el puesto de diputado nacional, tomando parte en los debates sobre la cuestión Chileno-Argentino, cuya trascendencia no cesaba un instante de encarecer.

Continuó, pues, ocupando su banca en el Congreso y tuvo ocasión de pronunciar allí dos notables discursos sobre la instrucción pública, materia que había sido, desde mucho tiempo, uno de los objetos principales de su estudio y solicitud...

Entristecido y amargado su espíritu por los dolorosos sucesos de la guerra (1880) y quebrantada notablemente su salud, resolvió trasladarse a Europa y salió para Francia, a mediados de 1881. Auguraba días muy desgraciados para su país. La imagen de la patria debía obsediarle penosamente en las horas solitarias de esta nueva y última ausencia. Sus males físicos se aliviaron algo al principio; pero su debilidad era extrema. Se acercaba ya el térmi-

no de la carrera mortal y el 9 de Noviembre del año indicado, entregó su bella alma al Señor, en la ciudad de París, después de haber recibido los sacramentos de la Santa Iglesia y la bendición del Papa.

¡Qué vida tan pura se había extinguido! Don Félix Frías era un hombre ejemplar. Lo fué desde la niñez. A sus días de inocencia feliz, siguió como ya hemos dicho, una juventud consagrada por completo al estudio, a la patria, a la Religión. Soldado en defensa de la libertad, escritor propagandista de la verdad católica, las rudas tareas y las serias meditaciones fueron para él lo que son generalmente para los jóvenes las locas aventuras y los placeres engañosos. No podían serle indiferentes las gracias seductoras que sonríen al corazón en la edad de la poesía y de las bellas ilusiones; pero dedicado sin limitación al cumplimiento de sus deberes cívicos y religiosos, no se dió tiempo para procurarse los goces del hogar que suavizan la aridez o la amargura de la existencia humana. Sus amigos le profesaban una estimación invariable. (1). Era animoso y perseverante en las buenas obras. No conocía el miedo ni el cansancio cuando se trataba de luchar por la verdad o la moral. Conservó hasta el fin la fogosidad del sentimiento, el calor del alma, desconocido al egoísta y que no se explica sino por creencias sinceras y las convicciones arraigadas.

Estudiaba a fondo las cuestiones antes de emitir su juicio; y seguía el movimiento religioso y social del mundo, con esmerada atención. Su inteligencia era elevada y sagaz. Su estilo amplio y firme, llegaba a veces a ser majestuoso, sin degenerar en la hinchazón enfática ni en la vana declamación. Sus escritos recuerdan los de Guizot, por la digna gravedad, y los de Montalembert, por el número y la vitalidad de la frase.

Era un notable orador. Su elocuencia solía inflamarse y vibrar como un apóstrofe incendiario. En otras ocasiones arrullaba al auditorio con los suaves acentos de la unción y de la ternura. El período armonioso, la corrección sin remilgo, la viril sonoridad de la palabra, la nota franca de la indignación hirviente en el discurso parlamentario, tales eran los rasgos distintivos de su gran-de y hermosa oratoria. Todo le ayudaba, todo le servía: su rostro

(1) Don Juan María Gutiérrez, algún tiempo después de la polémica sobre el matrimonio civil, nos decía con marcada expresión de contento: «Hoy es un día dichoso para mí; he estrechado otra vez la mano de Félix Frías, es una honorabilidad».

expresivo, sus ojos brillantes, su ademán solemne sin afectación, su voz, sobre todo su voz, una de esas voces de pecho que tienen el timbre del corazón, justas, claras, acordes con la idea y el sentimiento del que habla, una de esas voces que son como el retrato del alma, es decir, lo contrario de la voz del retórico, educada en los artificios de la declamación y que deja frío al oyente, cuando no lo irrita o lo fastidia. Y luego, otro prestigio: la vida del orador. Nadie se atrevía a poner en duda su honradez, su lealtad, su patriotismo. Jamás habló sin causar profunda sensación. Su discurso era un acto: el cumplimiento del deber.

Encontramos siempre la huella de su paso en los caminos del bien. Un recuerdo lleno de cariño lo asocia a los cristianos que, siguiendo el ejemplo de San Vicente de Paúl, proporcionan a los pobres los auxilios del cuerpo y los auxilios del alma; y evoca su figura austera en los hospitales donde prodigan los consuelos de la caridad a los enfermos y los moribundos, las "hermanas" protegidas y honradas por él. Si defendemos de los ataques de un liberalismo insensato, la enseñanza religiosa y con ella el porvenir de las nuevas generaciones; si combatimos el matrimonio civil y los avances cometidos contra la Iglesia por los gobernantes infieles a su mandato, el señor Frías nos ha precedido en la tarea y nos ha dejado lecciones admirables, para llenarla con celo y perseverancia superior a toda fatiga. Donde quiera, por fin, que nos congregamos para ocuparnos en los intereses de la Religión, su sombra venerable nos preside, porque fué el fundador de la Asociación Católica establecida en nuestro país.

Pasando el tiempo, muchos personajes todavía prestigiosos en nuestra historia, se desvanecerán en una indiferencia desdeñosa o serán objeto de amargas censuras. Habrán tenido la popularidad que dan los partidos; pero se verá que fueron inconsistentes y pasajeros como ellos. Otros pueden invocar títulos legítimos al respecto de su nombre en el porvenir, por haber concurrido a la obra del progreso social. Pero ninguno de nuestros hombres públicos supera a don Félix Frías en la sanidad de los sentimientos, en la elevación de las miras, en la trascendencia de su benéfica acción. El ha ligado su memoria con una causa inmortal; y el Señor, que no faltó sobre la tierra para ayudarlo a ser virtuoso, no le habrá faltado en el Cielo para remunerarle con la abundancia de su infinita bondad.

PEDRO GOYENA.